

## DEMORA EN LA CONVERSION (1).

Necesidad de  
no diferir nues-  
tra conversion.

**E**s preciso convertirse, y convertirse pronto.... Es preciso apresurar nuestra marcha, y correr á nuestra conversion, dice S. Juan Crisóstomo: *Cum opus est, et vehementi cursu.* (Homil. ad pop.). Es preciso disponernos pronto á proseguir nuestro viaje, porque el camino es largo y la vida corta: la vocacion de Dios nos insta; hay peligro en la tardanza.

No tardes en convertirte al Señor, ni lo diferas de un día para otro, dice el Eclesiástico: *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem* (V. 8). ¿Quién es el que, habiendo cogido una víbora, no la suelta al momento? ¿Quién es el que dejaría voluntariamente veneno en sus entrañas? ¿Quién tendria en su casa á un enemigo capital, á un asesino? ¿Quién aguantaría el fuego en la mano? El pecado mortal es una víbora, un veneno, un enemigo, un asesino y un fuego devorador. Por consiguiente, así que lo sintamos en nuestro corazon, debemos arrojarlo....

San Agustin deplora con amargas lágrimas el tiempo que tardó en convertirse: Hermosura siempre antigua y siempre nueva, exclama, ¡cuánto he tardado en amaros! (*Lib confess.*).

¿Por qué, dice el Señor en el Eclesiástico, por qué os retenéis todavía? Vuestras almas están ardiendo de sed: *¿Quid adhuc retardatis? Animæ vestre sitiunt vehementer.* (II. 32).

El que concede el perdón, dice S. Agustin, os abre la puerta; ¿qué aguardáis? Deberiais rogociaros si os abriese el día que llamaseis: no habeis llamado, os abre; y sin embargo os quedais fuera! No os detengais pues. Tened lástima de vuestra alma, y tratad de agradar á Dios. Haced limosna á vuestra alma: no os decimos que le deis, sino que no rechazéis á lo ménos la mano que le da (2).

Para convertir-  
se es preciso:  
1.º tiempo.

**E**l que trata de diferir su conversion, se funda en el tiempo que le queda que vivir; espera tener ocasion de hacer penitencia: dos cosas muy inciertas, y sin embargo dos cosas de una necesidad absoluta. El que promete el perdón, dice S. Gregorio, se promete otro día al pecador: *Qui penitenti veniam spondit, peccanti diem crastinum non promisit.* (Homil. XII. in Evang.). Dios os promete, dice S. Agustin, que el día en que os convirtais, ha de olvidar

(1) Véase la pág. 358. *Es menester no diferir nuestra conversion.*

(2) Ecco indulgentie dator aperit tibi ostium: quid moraris! Gaudere deberes si aperiret aliquando pulsanti; non pulsasti, et aperit; et fores remanes! Ne ergo differas. Miserere animæ tuæ placens Deo. Exhibe animæ tuæ elemosynam. Non dicimus ut tu ei dies, sed ne repellas manum dantis. *Homil.*

vuestros pecados cometidos; pero jamás os ha prometido otro día de vida: *Promisit tibi Deus quoniam quo die conversus fueris, obliviscetur mala tua praterita; sed nunquam vitam crastini diei promisit tibi.* (Homil. XII. inter 4). No conocemos nuestro último día, á fin de que empleemos santamente toda nuestra vida, dice en otra parte el mismo Santo. (*Serm. XXIX*).

Dios, que promete la indulgencia al que se arrepiente, añade aquel ilustre Padre de la Iglesia, no ha prometido otro día al que dilata su conversion: *Qui penitenti promisit indulgentiam, dissimulanti diem crastinum non spondit.* (Sentent. LXXI).

No os glorifiqueis de cosa que habeis de hacer el día de mañana, dicen los Proverbios, pues no sabéis lo que dará de sí el día siguiente: *Ne gloriaris in crastinum, ignorans quid supercratura pariat dies.* (XXVII. 1).

Cada día debe estar dispuesto como si hubiese de ser el último, dice Séneca: *Omnis dies tanquam ultimus ordinandus.* (Epist. XII).

No tardes en convertirte al Señor, dice el Eclesiástico, ni lo diferas de un día para otro: *Ne moreris converti ad Dominum, et ne differas de die in diem.* (V. 8). Comentando este pasaje, dice S. Crisóstomo: Nadie sabe lo que le espera el día que aún no ha amanecido; hay peligro en demorar, y debemos temer hacerlo; la salvacion no es cierta y segura sino en tanto que no se difiere: *Nescit quid paritura sit supercratura dies; periculum enim et metus est in differendo, salus vero certa et secura, si nulla sit dilatio.* (Homil. II. in Epist. II. ad Cor.).

El pecador dice: Mañana, mañana me convertiré: *Cras, cras convertar.* Este retardo, hace observar S. Agustin, mala á muchos; dicen «mañana, mañana,» y la puerta se les cierra al instante; se quedan fuera dando gritos de cuervo, porque no han sabido gozar como la paloma (1).

Hijos rebeldes, convertíos á mí, dice el Señor por boca de Jeremias: *Convertimini, filii, revertentes dicit Dominus.* (III. 44).

Es preciso apresurarnos á emplear los medios que Dios nos da para nuestra conversion, temerosos de que nos falte el tiempo si tardamos, dice S. Agustin (2).

Estad atentos, añade aquel gran Doctor, y comprended que es preciso que nos descuidemos en trabajar la viña del Señor, ni confiemos en que hemos de recibir la recompensa si sólo empezamos al mediodía ó casi al terminar el jornal. Se nos ha prometido, en verdad, la paga, pero se nos ha prohibido quedar rezagados. ¿Qué ha de dar y qué ha de hacer el dueño de la viña? Esto le atañe. En cuanto á vosotros, acudid cuando se os llama. No

(1) Ipsa res est que multos occidit, cum dicunt: Cras, cras; et subito ostium clauditur remansit foras cum voce corvina qui non habuit gemitum columbinum. *Serm. xvi. de verbis Dom.*

(2) Remedii conversionis ad Deum nullis conjunctionibus sunt differenda, no tempus correctionis periret tarditate. *Sentent. lxxi.*

queréis trabajar temprano, é ignorais si vivireis á las once! Os llaman á las seis; acudid. ¿Por qué despedis al que os invita? Es-tais seguro del salario, convengo en ello; pero no estais seguros del día. Tened cuidado de no privaros con vuestra demora de lo que se os promete si os apresurais. (*Serm. LXXVII. de verbis Evang.*)

El pecador que difiere su conversion contando con el tiempo, imita la temeridad de Pedro, á quien dijo Jesucristo: Pedro, tu renegarás de mí.—No, Señor, yo no renegaré de vos.....

Jesucristo nos dice formalmente á todos: Si no vigilais sin cesar, os sorprenderé. Y nosotros nos atrevemos á responderle: No, Señor, dormiremos á nuestro gusto, y no nos sorprenderéis; porque os prevendremos, y cuando queremos volver á vos, una confesion hecha con premura, en el momento de la enfermedad y la vispera del día de la muerte, nos salvará de vuestra ira. Pero qué! el Hijo de Dios ha declarado que la ciencia del tiempo y de los instantes concedidos al hombre es uno de los secretos que se ha reservado su Padre: *Non est vestrum nosse tempora ver momenta quos Pater possit in sua potestate.* (Act. I. 7). ¡Y queremos nosotros descubrir este impenetrable secreto; y fundareis vuestras esperanzas en un punto oculto que se esconde completamente á nuestros conocimientos! Nos engañamos, nos burlamos, nos seducimos groseramente á nosotros mismos.

No os fieis del tiempo que os engaña, es un peligroso impostor; os roba tan sútilmente que no os apercibís de su robo. Por consiguiente no conteis los días que Dios puede daros, sino los que puede quitaros; no consideréis solamente que puede perdonar, sino tambien que puede castigar. No fundeis vuestra esperanza ni baseis vuestro porvenir en una cosa oculta.....

El pecador que difiere su conversion porque cuenta con el tiempo, trata de engañarse, y el tiempo le ayuda tambien en su engaño. No advierte que el tiempo pasa rápidamente, porque, aunque eternamente varia, casi siempre presenta el mismo aspecto. Sólo largos años descubren su impostura. La debilidad, las canas, la alteracion visible del temperamento, nos fuerzan á notar que una gran parte de nuestro sér se ha hundido y aniquilado; pero el tiempo, para engañarnos, nos despoja poco á poco; nos lleva tan dulcemente á los extremos opuestos, que llegamos á ellos sin pensarlo. Así es que la malignidad del tiempo hace correr insensiblemente la vida; y no pensamos en nuestra conversion. Caemos de repente y sin creerlo en brazos de la muerte, y sólo sentimos nuestro fin cuando lo tocamos. (Bossuet, *sobre la necesidad de trabajar para nuestra salvacion.*)

¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, exclama el mismo obispo, dejareis agravar vuestros corazones? ¿hasta cuándo os dejareis engañar por la ilusion del tiempo? ¿cuándo reconocereis de buena fé que la vida es corta? ¿queréis aguardar al último suspiro? Mas en

cualquier estado que os halleis, ya esté vuestra edad en su flor, ya en su fuerza, el Apóstol dice á todos que el tiempo se aproxima. Los días se empujan unos á otros: diferimos el de nuestra conversion, y al fin no lo encontramos. Aun tenemos tiempo; pequemos todavia. Ahí está el escollo en que se pierden los temerarios. Y sin embargo, el último día está oculto..... (*Ibid.*)

Nada depende ménos del hombre que el tiempo futuro; es pues una ceguedad terrible diferir nuestra conversion, contando con el tiempo. Tener seguridad en lo que está absolutamente fuera de nuestro poder, es la más insigne locura, la locura que tiene consecuencias más formidables é irreparables.....

El tiempo se compone del pasado, del presente y del porvenir: el pasado ya no existe, el presente vuela y desaparece, y el incierto porvenir no ha llegado todavia: tal vez no llegue para nosotros; pero si llega, desde aquel momento ya no existe.

Así pues, si oyereis hoy la voz del Señor, dice el Salmista, guardaos de endurecer vuestros corazones: *Hodie, si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (XCIV. 8).

¿Qué hace el pecador que tarda en convertirse? Da á Dios un tiempo que ha de venir, un tiempo que el pecador no tiene, que no le pertenece, que tal vez no tendrá nunca como un tiempo en que no podrá convertirse; porque, dice Bourdaloue, sólo podemos convertirnos en tiempo presente; y él emplea para sí el presente; tiene el tiempo presente, y jamás lo da á Dios. No quiere nunca convertirse en el tiempo en que siempre puede, que es la hora actual; y quiere hacerlo siempre en el tiempo en que nunca puede, que es el día de mañana.....

Si el que os debe una cantidad de dinero os dijese, cuando se lo pedis, mañana os pagaré, y siempre os diese la misma respuesta, ¿llegariais á cobrar? ¿os contentariais con esa mañana? Pronto echariais de ver que el deudor se burla de vosotros. He aquí pues la conducta de aquellos pecadores que retardan siempre el momento de su conversion.

¡Para mañana los negocios! decia un rey ciego y entregado á sus pasiones y á sus cortesanos; y le asesinaron aquella misma noche. ¿Para qué, rey estúpido, guardas para mañana los negocios? ¡Lo mismo dices tambien, ó pecador: Mañana me convertiré! Esta noche, dentro de una hora, dentro de un instante quizás, Dios pedirá tu alma. ¡Aguarda pues á mañana para tratar del negocio de tu salvacion!

Todo es incierto en el tiempo que está por venir: su existencia, su duracion, sus condiciones: es un abismo de incertidumbre y de oscuridad; y sin embargo continuais diciendo: Mañana me convertiré, mañana trataré del importante negocio de mi salvacion! Es cierto que soy pecador; y siendo así, es tambien cierto que tengo necesidad de hacer penitencia, que necesito una penitencia cierta; y tomo el porvenir, que es muy dudoso, para dedicarme á esta penitencia, de la que no se me puede dispensar!

Si se prende hoy fuego en vuestra casa, ¿aguardaréis á mañana para pedir socorro y apagarlo? Si caéis hoy en el agua, ¿aguardaréis á mañana para salir del conflicto?

Señor, dice el pecador retardando su conversion, Señor sois mi Dios, mi amor, y quereis que vuelva hoy á vos; pero, Señor, tened paciencia; yo quiero dar al mundo, á los placeres y al demonio mi cuerpo mi corazón, mi alma, mi salvacion y mi eternidad por algun tiempo todavía; quiero darles mi juventud y la edad viril; ya os daré mi vejez, mis canas y los gastados restos de mi vida. Ya os contentaréis con ello, Señor, porque sois muy bueno. ¡Qué insulto! ¿No equivale esto á imitar á los verdugos de Jesucristo? ¿no es esto escupirle en el rostro, darle bofetadas, azotarle, etc.? Y quisierais, pecadores insolentes y locos, que Dios sufriese semejantes ultrajes, y que despues de una vida tan criminal os diese la corona de vida prometida tan sólo á los que legitimamente combaten!

¡Cuántas almas ha perdido el día de mañana! ¿Y aún cuando tuvierais este día, sabriais aprovecharos de él para convertirlos? No. ¡Por qué no empezais hoy? ¿temeis que vuestra penitencia sea demasiado larga por un día? Sois criminal, y quereis seguir siendo! Siempre quereis tiempo, siempre lo perdéis!

Contais con la gracia para convertirlos. ¡Ah! temerarios, ¿tendreis? ¿tendreis bastante? ¿lo tendreis favorable? ¿tendreis tiempo de abrir al fin los ojos, hacer una buena confesion y arrepentiros? ¿tendreis á vuestra disposicion todos los medios necesarios para convertirlos?

Así pues es un grave error contar con el tiempo que es tan incierto, y retardar el momento de convertirse.....

Para convertir-  
se es preciso,  
2.º, la gracia.

El tiempo sólo, aún suponiendo que lo tuviésemos, no basta para llevar á cabo una conversion. Pecando mortalmente, nos matamos por la eternidad. Y un muerto no puede resucitarse á sí mismo. La muerte del pecado es eterna por su naturaleza; y no puede el pecador volver por sí mismo á la vida. Para obrar semejante prodigio, el mayor de los prodigios, es necesariamente precisa la mano del Omnipotente, la gracia eficaz.....

Dios es la misma bondad; nuestra confianza en él debe ser grande, inquebrantable. Pero no se deduce de esto, dice el célebre Bourdaloue, que tangamos derecho á contar con él, aún en perjuicio suyo; ni que su bondad pueda jamás servir de fundamento á nuestra temeridad. Más, este es sin embargo el falso principio en virtud del que obra un pecador cuando difiere su conversion, porque se lisonjea de conseguir un día la gracia de la penitencia. Prometerse esta gracia para mantenerse en la costumbre del pecado, es querer, 1.º, que Dios sea fiel al que le desprecia; 2.º es querer que sea fiel á expensas de su gloria, de su servicio y de sus intereses, y volviendo contra él sus propias armas; es, 3.º atacarle y combatirle con el más amable de todos sus atributos, que es su misericordia; 4.º y finalmente, es querer que su fidelidad le haga ser prevaricador y fautor de nuestra iniquidad, á pesar de ser Dios como es.....

4.º Es querer que Dios sea fiel al que le desprecia; pero Dios ha dicho: ¡Ay de los que me desprecian! ¿no os despreciaré yo á mi vez? ¡*Vae, qui spernit!* ¿no me et ipse sperneris? (Isai XXXIII. 4). Despreciáis á Dios, pecadores, cuando, resistiendo á sus inspiraciones, continuais la cadena de vuestras iniquidades; á cuando, despues de haber llamado á la puerta de vuestro corazón, se la habeis constantemente cerrado, etc..... Dios os abandonará á vosotros mismos.....

2.º Diferir la conversion contando con la gracia, es querer que Dios sea fiel á expensas de todos sus intereses. En efecto: nosotros queremos convertirnos cuando seamos un desecho del mundo, etc..... ¿Es así como ha de tratarse á Dios? ¿Es así como hemos de atraernos y merecer su gracia?

3.º Diferir la conversion contando con la gracia, es atacar tambien la misericordia de Dios. ¿Cómo? ¿no lo veis? Pecar contra Dios porque Dios es bueno; no dejar de ultrajarle; aguardar y decir: No quiero todavía cambiar de vida, porque Dios es misericordioso; ya tengo tiempo..... ¿no es burlarse?... ¡Si Dios fuera inflexible, nos apresurariamos á dejar el pecado y á volver á él; y porque es bueno, lo hemos de diferir! ¿No es justo y muy natural que un corazón que así se burla de la gracia, agote sus manantiales, para abrir de repente los manantiales de las venganzas (*Sobre la Demora en la conversion*).

Dios tiene prisa de reinar sobre nosotros, porque á él pertenece el reino, y es debido á su soberana grandeza el pronto establecimiento. Sólo puede reinar de dos maneras, ó por su misericordia, ó por su justicia. Reina por su misericordia sobre los pecadores convertidos: reina por su justicia y su venganza sobre los pecadores endurecidos é impenitentes.

4.º Diferir la conversion porque contamos con la gracia, es querer que Dios se haga fautor y cómplice de nuestros desórdenes. En efecto: nosotros quisiéramos un Dios ciego, insensible, débil, que dejase impune el pecado y nos permitiese el deleite, la ira, la destemplanza, el olvido y la infraccion de sus leyes. (Bourdaloue: *Sobre la Demora en la conversion*).

Es preciso servirnos de la gracia cuando Dios la ofrece; de otra suerte no conseguiremos más que justicia..... San Efrén dice: Nadie vende sus mercancías despues de estar cerrada la feria; y el soldado que no aparece en el campo de batalla sino despues del combate, no recibe ni corona, ni alabanzas; ántes, al contrario, es despreciado y condenado. El que aguarda á convertirse en la hora de la muerte, no es más que un soldado cobarde que sólo merece el desprecio de Dios y su condenacion. (*Tract. de Morie*).

Contais con la gracia; pero cuanto más tardais en convertirlos, más obstáculos le oponéis, multiplicando vuestros pecados y aumentando vuestro endurecimiento; y cuantos más obstáculos oponéis á la gracia, ménos debéis contar con ella.

Para convertirse, es preciso: 3.ª, la voluntad.

El pecador que difiere su conversion no puede contar ni con el tiempo, ni con la gracia. ¿Con qué podrá contar? ¿Con su voluntad? Hagámosle ver que esta esperanza no es ménos engañadora que las otras.

Es un efecto del pecado, dice Bourdaloue, que ni siquiera puede el hombre asegurarse de su voluntad propia. De todas las cosas del mundo es la que más debiera estar en su poder, y sin embargo es aquella de que ménos puede disponer. Mejor podemos contar con la gracia que con la voluntad propia; porque los socorros de Dios parten de un principio inmutable, en vez de que nuestra voluntad se inclina á cambios perpétuos. Dios quiere una voluntad ilustrada, firme y eficaz; y nosotros muchas veces ni siquiera sabemos lo que queremos.... (Sobre la Demora en la conversion).

¿Quereis convertirnos algun día, ó perecer desgraciadamente en la impenitencia? El último partido os liga con el infierno, y no lo quereis. ¿Quereis pues convertirnos? Pero convertirse es arrepentirse y cambiar de vida. Si quereis convertirnos un día, ¿por qué no hoy? Bien quisiera hoy, pero no puedo, decís; tengo tal empresa, tal ó cual negocio, etc. ¿Quereis pues diferir y halagar alguna pasión, creyendo que tendreis voluntad de arrepentiros? ¿Quién ha oído hablar alguna vez de tal prodigio?

Pero ¿no puedo yo disponer de mi voluntad? Si; y esto es lo que debe haceros temblar, porque de vosotros depende.... Y si vuestra voluntad es hoy tan ligera, tan poco resuelta, tan caprichosa, hoy que sois ménos criminal, ménos esclavo, y estais ménos comprometido, etc.; si no quereis convertirnos todavía, ¿podreis quererlo más tarde, cuando mil obstáculos nuevos se opongan á ello? ¡Qué absurda contradicción! ¿Lo quereis, seréis más fuertes, y os hallaréis más dispuestos, cuando las pasiones os dominen enteramente, y una cadena de iniquidad más larga, más fuerte y más pesada os sujete de piés á cabeza? Cuando sólo hay algunas caídas, titubeais; ¿qué hareis pues cuando os posea la costumbre? ¡Qué locura dejar que se fortifique un enemigo á quien podemos vencer actualmente, y que será probablemente invencible más tarde!

Dos obstáculos, casi invencibles, nos impiden ser dueños de nuestra voluntad: la inclinación y el hábito. La inclinación hace el vicio amable; el hábito lo hace necesario. No tenemos en nuestro poder el principio de la inclinación, ni el fin de la costumbre: la inclinación nos encadena y nos arroja en una cárcel; la costumbre nos hunde en ella, cierra la puerta y la tapia, para no dejarnos ninguna salida.

Nos lisonjamos de poder vencer tal costumbre, de poder salir, cuando queramos, del triste estado del pecado: ¡qué ilusión, qué error! Con una larga costumbre, arraigándose el crimen en el corazón, no hace el alma más que débiles y vanos esfuerzos para levantarse; y volviendo siempre á caer sobre sus llagas, se siente tan extenua-

da, que el cambio de sus costumbres y su vuelta al camino recto que hallaba tan fáciles, empiezan á parecerle imposibles.

Así es que esta conversion, que no quereis todavía, pero que os lisonjeais de llevar á cabo más tarde, la quereis aún ménos despues que ahora. Si no quereis convertirnos ahora que estais ligados por lazos débiles, ¿lo quereis cuando os halleis ligados con indisolubles lazos, y hayais perdido vuestras fuerzas y mil medios que hoy teneis y más tarde no tendreis? Por otra parte, jamás podreis tener voluntad de convertirnos, si Dios no os ayuda á inclinar esta voluntad depravada y endurecida hácia vuestra salvacion. ¿Os debe Dios tal auxilio? ¿os lo concederá? ¿lo merecereis despues de haberlo crucificado todos los días? Y si Dios se retira, ¿no estará todo perdido para vosotros? Si Dios se retira, jamás volveréis á ver ni encontraréis vuestra pretendida voluntad que hoy se retira. Desprovisos entonces de tiempo, de gracia y de voluntad, viviendo sin Dios, morireis sin Dios, morireis en la impenitencia final, y el infierno será el premio terrible, pero muy merecido, de la fatal demora en vuestra conversion....

Pecadores que evitais el convertirnos, no os escaparéis de los terribles pero justos castigos del Cielo....

¡Que Dios, dice S. Agustin, os parezca tan misericordioso, que no veais en él su justicia! Cuando hayais amontonado tesoros de ira para el día de las venganzas, ¿no hallaréis la justicia de Aquel cuya bondad habeis despreciado? *Non sic tibi videatur Deus misericors, ut non videatur et justus. Cum tibi thesaurizaveris iram in die ire, ¿nonne experieris justum quem contempsisti benignum?* (Serm.).

Dios es paciente porque es eterno. Pero, como dice S. Jerónimo, la flecha es arrojada con tanto más vigor, cuanto más tirante está la cuerda del arco; así sucede con el juicio de Dios: cuanto más diferido parece, más formidable será para el pecador obstinado y endurecido: *In arcu quanto longius trahitur chorda, tanto de eo districtior exhibit sagitta; sic extremi judicii dies, quanto longius differtur ut veniat, tanto, cum venerit, de illo districtior sententia procedet.* (Comment. in Epist. ad Rom.).

La cólera divina se avanza á pasos lentos para ejercer la venganza, dice S. Lorenzo Justiniano; pero compensa el retardo del castigo con la gravedad del suplicio: *Lento gradu ad vindictam tui procedit ira divina; tarditatemque supplicii gravitate compensat.* (In Ligno vite, c. IV.). El Altísimo, añade, es paciente para castigar; pero condena más severamente, por no haberse convertido, á los que sufre largo tiempo para que se conviertan; y cuanto más les aguarda á fin de que se corrijan, con ménos misericordia los juzgará por no haber querido cambiar de vida (1).

(1) Altissimus enim est patiens redditor; quia, quos diu, ut convertantur, tolerat, non conversos diurus damnat: et quanto diutius expectat ut emendentur, tanto gravius iudicabit, si neglexerint. Ut supra.

Desgracias que ocasiona la demora en la conversion.

No queráis engañaros á vosotros mismos, dice S. Pablo á los Gálatas; Dios no puede ser burlado: *Nolite errare; Deus non irridetur.* (VI. 7). No digais: ¡Oh! la misericordia del Señor es grande; él perdonará nuestros muchos pecados. Porque tan pronto como ejerce su misericordia, ejerce su indignacion, y con ésta tiene fijos sus ojos sobre el pecador (1).

No confiéis en vuestras riquezas para prescindir de Dios, y no digais: Tengo todo lo que necesita mi vida; porque esto sólo servirá para condenaros en el tiempo de la venganza. Teneis con qué vivir; pero ¿tendreis con qué morir? ¿De qué le sirve al hombre, dice Jesucristo, el ganar todo el mundo si pierde su alma? *¿Quid prodest homini si mundum universum lucretur, anima vero suo detrimentum patiatur?* (Math. XVI. 26). ¿De qué sirvieron al impio Baltasar sus riquezas y grandezas cuando fué pesado y se halló ser demasiado ligero para el cielo? *Appensus est in statera, et inventus est minus habens.* (Dan. V. 27).

No sigais, hallándoos con fuerzas, los malos deseos de vuestro corazon; ni digais tampoco: ¡Qué poderoso soy! ó: ¿Quién me obligará á dar cuenta de mis acciones? Porque el Dios vengador se hará justicia. No digais: He pecado; ¿y qué mal me ha sucedido? No tardeis en convertirlos al Señor, y no lo diferáis de día en día; porque su ira vendrá de repente, y en el día de la venganza os perderá (2).

Pecadores impenitentes, escuchad estas terribles palabras del Apóstol de las naciones: ¿Despreciáis las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y de su larga tolerancia? ¿Ignorais que la bondad de Dios os invita á la penitencia? Y sin embargo, por la dureza de vuestro corazon y por vuestra falta de arrepentimiento, amontonais un tesoro de cólera para el día de la ira y de la manifestacion del justo juicio de Dios, que dará á cada cual segun sus obras, premiando con la vida eterna á aquellos que con la perseverancia de las buenas obras buscan la gloria, el honor y la inmortalidad; pero sobre los espiritus de contencion y de terquedad, que no acuden á la verdad y creen en la iniquidad, caerán la ira y la indignacion, la tribulacion y la angustia (3).

(1) Et ne dicas: Misericordia Domini magna est; multitudinis peccatorum meorum misericorditer. Misericordia enim et ira sub illo cito proxima, et in peccatores respicit ira illius. *Eccli. vi. 6-7.*

(2) Ne sperabis in fortitudine tua concupiscentiam carnis tuæ; et ne dixeris: ¿Quomodo potui aut? ¿Quis me subiecit propter facta mea? Deus enim vindicabit iniquitatem. Ne dixeris: Peccavi; sed quid mihi accidit triste? Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem. Sultus enim veniet ira illius, et in tempore vindicte disperdet te. *Eccli. v. 2-4-5-9.*

(3) An dicitis benignitas eius, et patientie, et longanimitatis contentis? ¿Ignoratis quoniam benignitas Dei ad penitentiam te adducit? Secundum autem duritiam et impietatem cor, thesaurizatis tibi iram in die ire et revelationis justi iudicii Dei, qui reddet unicuique secundum opus eius. His quidem, qui secundum patientiam boni operis, gloriam, et honorem et incorruptionem queverunt, vitam eternam; his autem qui sunt ex contumacia, et qui non acquiescunt veritati, credunt autem iniquitati, ira et indignatio, tribulatio et angustia. *Róm. II-4-3.*

Pecadores que diferís vuestra conversion, no os lisonjéis de la impunidad que parece disfrutais; con un Dios tan justo, nada queda sin recompensa ó castigo. Por lo demás, la impunidad actual de que os alabais es el más terrible castigo que Dios puede imponeros; porque esta impunidad actual y aparente es la ceguedad espiritual y el endurecimiento del corazon; castigos casi tan terribles y tremendos como los mismos fuegos del infierno....

En tanto que no ve ó no siente ninguna pena, el alma criminal se persuade, dice S. Agustin, de que Dios no la juzga; mientras que, por el contrario, abusa de la paciencia de Dios y no querer comprender la bondad de aquel que no nos castiga en el momento, es ya una espantosa condenacion (1).

Dios, dice Boecio, es muy paciente; parece que no nota las atroces ofensas y las blasfemias de los pecadores, pues es omnipotente en sí mismo y en todas las cosas; porque la paciencia es la potencia en accion; mientras que la impaciencia es señal de impotencia. (*Lib. III. de Consolat.*).

Dios sólo reina en los hombres de dos maneras: reina en los pecadores convertidos, porque se someten voluntariamente; reina en los pecadores condenados, porque los sujeta á pesar suyo. En aquellos hay un reino de paz y de gracia; en éstos un reino de rigor y de justicia; pero en todas partes un reino soberano de Dios, porque aquéllos practican lo que Dios manda, y éstos sufren el suplicio que Dios les impone. Dios recibe los homenajes de los primeros, y hace justicia á los otros. Pecadores á quienes Dios llama á la penitencia y resistís á su voz, os hallais entre los dos extremos; no haceis ni sufrís lo que Dios quiere: despreciáis la ley, y no sufrís la pena; rechazais el atractivo, y no os agobia la ira. Desafiais hasta la bondad que os atrae, hasta la paciencia que os aguarda: vivís dueños absolutos de vuestras voluntades, independientes de Dios, sin miramientos por vuestra parte, sin sufrir nada de la suya; y él no reina sobre vosotros, ni por vuestra obediencia voluntaria, ni por vuestra sujecion forzada. Es un estado violento, os lo digo; no puede subsistir mucho tiempo. Dios tiene prisa de reinar sobre vosotros: ved en efecto cómo os insta. ¡Cuántas dulces invitaciones! ¡cuántas terribles amenazas! ¡cuántas secretas advertencias! ¡cuántas rechaza nubes lejanas! ¡cuántas tempestades próximas! Mirad cómo rechaza todas vuestras excusas; no permite ni que este termine sus negocios, ni que aquel otro vaya á cerrar los ojos de su padre. (*Luc. IX. 59.*). Otro le dice: Os seguiré, Señor; pero permitidme que vaya á despedirme primero de mi casa. Jesús le responde: El que pone la mano en el arado y vuelve sus ojos atrás, no es apto para el reino de Dios. (*Luc. IX. 61-62.*). Toda tardanza le importuna:

(1) Animus sibi male conscius, dum videtur sibi nullam penam pati, credit quia non iudicet Deus; cum ebuti patientia Dei, et non intelligere parentis benignitatem, jam sit magna damnatio. *Senten. CXXXVIII.*

¡tanta prisa tiene de reinar sobre vosotros! Si no reina por su bondad, bien pronto, y más pronto de lo que pensais, querrá reinar por su justicia, porque suyo es el imperio, y se pertenece á sí mismo, y es propio de su grandeza establecer pronto su reino. (Bossuet).

Obstáculos en la conversion, y causas de la demora son que á ella acudimos.

Hay tres clases de hombres que difieren su conversion: los unos no piensan nunca en ella; otros esperan siempre; y los terceros sólo cuidan muy débilmente de este asunto. Y hé aquí tres grandes obstáculos para su conversion..... Estas tres clases de hombres desprecian su verdadera conversion. Los primeros, endurecidos en sus crímenes, miran su conversion como cosa imposible, y no cuidan de dedicarse á ella. Los segundos se figuran que es demasiado fácil, y la difieren de día en día, como obra que está en sus manos y que harán cuando bien les venga. Los terceros, convencidos del peligro que producen las dilaciones, empiezan; pero, empezándola con flojedad, la dejan siempre imperfecta. Hé aquí tres terribles defectos que es preciso evitar y destruir.....

Oíd lo que dice S. Agustin de los obstáculos que le impedían convertirse: Las simplicidades de las simplicidades y las vanidades de las vanidades me contenian: *Retinebant me ungue ungarum, et vanitates vanitatum.* (Lib. VIII. Confes., c. XI). Mis antiguas amigas (los deleites) agitaban mi vestido carnal, y me decian con un dulce murmullo: ¿Nos abandonarás? Y si así lo haces ¿qué será de nosotras sin tí? Y si así lo haces ¿no te será ya permitido ni esto ni aquello? ¡Y qué crueles eran para mí las palabras esto y aquello! ¡Ah! Señor, aleje vuestra misericordia de mi alma lo que aquellas falsas amigas me sugerian: ¡cuántas infamias trataban de inspirarme; cuántas torpezas! Y yo las escuchaba todavía un poco: no me hacian la guerra de frente, pero ellas murmuraban detrás de mí; y mientras que me alejaba, trataban de hacerme volver la cabeza para que las vieses todavía. Yo titubeaba para arrancarme de ellas, sacudir su yugo, é ir á dónde Dios me llamaba: ellas me detenian; y la violenta costumbre me decia: ¿Piensas que podrás pasar y vivir sin ellas? Pero ya su lenguaje era necio y fastidioso para mí (1).

El que conozca las tinieblas de su ceguedad, dice S. Gregorio, el que conozca la luz eterna que le falta, grite desde el fondo de sus entrañas como el ciego de nacimiento. Jesús, hijo de David, ten

(1) Antiquæ amicæ meæ suscitabant vestem meam carneam, et submurmurabant: Dimitte nos? et si amando ista non actus tecum ultra in cœlestia? et si amemento non tibi licuit hoc et istud ultra in æternam? Et que suggererant in eo hoc et istud? Que suggererant, Deus meus, advertit ab anima servi sui misericordia tua. Quæ servus suggererant ultra doctorem? Et notandum quæ longe minus quam diabolus, non tanquam libere contradicentes, cundo in obviam, sed veluti à dorso missitantes, et discedentem quasi furtim vellicantes ut respicerent: retardabant tamen me constantem nimpere alique excolere ab eis, et transire quo vocabar, cum diceret mihi consuetudo violenta: ¿Puisse si ne istis poteris? Sed jam tepidissime hoc dicebat. Lib. VIII. Confess., c. XI.

piedad de mí. Pero oigamos lo que el Evangelio añade hablando de este ciego que levantaba la voz: Y los que le acompañaban le reprendian para que callase: *Et qui præbant, increpabant eum, ut taceret.* (Luc. XVIII. 39.). ¿Qué significan los que preceden á Jesucristo que llega, sino la multitud de los deseos carnales, y el tumulto de los vicios? Antes de que Jesucristo entre en nuestro corazón, estos deseos agitan nuestro espíritu con tentaciones, y turban la voz de nuestra alma en la oracion. Pero oigamos lo que hacia entónces aquel ciego que deseaba recobrar la vista. Gritaba mucho más fuerte: Hijo de David, ten piedad de mí *Ipse vero multo magis clamabat: Fili David, miserere mei.* (Luc. XVIII. 39.). Hagamos lo mismo en todas las ocasiones que quieran detenernos cuando nos dirigimos hácia Dios. (*In hoc versu Evang.*).

Sigamos escuchando á S. Agustin: Si por una parte, dice, las vaciedades de las vaciedades, las vanidades de las vanidades, mis antiguas amigas, el poder de la cruel costumbre trataban de detenerme en la esclavitud y desgracia; por otra parte, en el lugar á donde volvía mis miradas y á donde deseaba ardentemente llegar, la casta dignidad de la continencia, llena de serenidad y de caricias celestiales, me instaba para que corriese á ella, quitándome toda duda y vacilacion, y me alargaba para recibirme y abrazarme sus piadosos y santos brazos cargados de almas llenas de buenos ejemplos. Aquí me presentaba una multitud de jóvenes y doncellas, una juventud numerosa; allí todas las edades, y respetables viudas, y todas las virgenes, y en todos una castidad, una pureza fecundas. Se me manifestaba aquella divina continencia como una madre fecunda que ha concebido y dado la vida á esta numerosa familia de elegidos, y los ha concebido de vos, ó Señor, de vos, su divino Esposo. Y se burlaba de mí con una sonrisa de dulce exhortacion, diciéndome: Pues ¿qué! ¿no has de poder tí lo que pueden éstos y éstas? ¿Pueden ellos hacer por sí mismos lo que hacen? ¿No es con los auxilios del Señor, su Dios, que viven como ángeles? El Señor Dios me ha entregado á ellos para hacer almas para el cielo. ¿Por que titubeas y no te colocas sólidamente? Arrójate á Él; nada temas, no se retirará, no te abandonará para dejarte caer. Arrójate lleno de seguridad y de confianza en su seno; él te recibirá y curará. Y yo, que escuchaba aún las necesidades y frustrerías, me avergonzaba de mis vacilaciones. La continencia proseguia: Cierra los oídos, no atiendas á estos miembros impuros, á esta carne del pecado; mortifícalos: te hablan de placeres mentirosos que no están arreglados á la ley del Señor, y que no son nada, comparados con el placer del cumplimiento de esta ley. Este combate de las pasiones contra la virtud que tenia lugar en mí, era obra mia contra mí mismo. (Lib. VIII. Confes., CXI).

Es cierto que el pecador que difiere su conversion experimenta el mismo combate que experimentaba S. Agustin pecador todavía.

¿Qué hemos de hacer para apresurar nuestra conversion?

Por una parte, la concupiscencia, las pasiones, los placeres, la carne, el mundo y el demonio quieren detenerle; y por otra parte, la hermosura de la virtud, los remordimientos, la palabra de Dios, las santas inspiraciones, la gracia, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, la felicidad del cielo y la duracion de la eternidad, le instan á que se convierta.

Así pues, lo que hemos de hacer para volver á Dios, es cerrar los oídos y el corazón á la voz engañosa y seductora de la concupiscencia, de las pasiones, del demonio, del mundo y de la carne, y abrirlo á la voz de la virtud, de la gracia, etc....; no titubear, y querer con una voluntad firme y decidida, como el hijo pródigo, David, S. Pablo....

Ann cuando los pecadores hayan caído por culpa suya, es preciso no dejarles perecer: tengamos lástima de ellos, démosles la mano; y como es menester que se ayuden ellos tambien con un gran esfuerzo, si quieren levantarse de su caída, para darles suficiente valor, hagamos ante todo desaparecer de su mente la falsa idea de que no puedan vencerse las inclinaciones ni los hábitos viciosos. Convencámosles bien de que su conversion es posible con la gracia y la voluntad....

Segun S. Agustín, dos cosas son necesarias para que el hombre pueda llevar á cabo una empresa. Es preciso, 1.º, que tenga en sí mismo un poder, una fuerza y una virtud proporcionada á la ejecución; y 2.º que el objeto le agrade. En efecto: no pudiendo obrar el corazón del hombre sin algun atractivo, puede en cierto modo decirse que lo que no le agrada le es imposible. (*Homil.*)

De ahí vienen las dos razones que llevan á la mayor parte de los pecadores endurecidos á desesperar de su conversion. Primeramente sus malas costumbres, tantas veces victoriosas de sus buenos designios, les hacen creer que no hay fuerza contra ellas. Luego, suponiendo que crean poder vencerlas, esta vida prandente y moderada que se les propone, les parece insipida, sin atractivo y sin ninguna dulzura; de manera que no se sienten con bastante valor para abrazarla....

Pecadores, la gracia del Señor da fuerza y poder para vencer las malas inclinaciones; ánimo.... Esta gracia destruirá vuestra repugnancia, y hará que lleveis con felicidad una vida nueva.... La buena voluntad, la oracion, la confesion, hé aqui los medios que os guiarán á Dios y alcanzarán vuestra conversion y el perdón; os darán las delicias que se experimentan en la paz de una conciencia inocente, y os asegurarán la felicidad del cielo....

## DESEOS (Buenos).

**¿**Qué hemos de desear? Hemos de desear á Jesucristo. Si alguno tiene sed, dice Jesucristo, venga á mí y beba: *Si quis sitit, veniat ad me et bibat.* (Joann. VII. 37).

Sedienta está mi alma, dice el Rey Profeta, del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios! *Sitit anima mea ad Deum, fontem vivum: quando veniam, et apparebo ante faciem Dei!* (XLI. 3).

Jesucristo es llamado el *Deseadido* de los collados eternos: *Desiderium collium eternorum.* (Gen. XLIX. 26); es decir, deseo de los ángeles, de los patriarcas y de los profetas, etc. El profeta Aggeo llama á Jesucristo el deseado de todas las gentes: *Desideratus cunctis gentibus.* (II. 8).

Jesucristo es llamado el deseado de todas las gentes: 1.º porque es soberanamente digno de ser deseado. Aunque las naciones infieles no lo desearan, y ni siquiera le conociesen, necesitaban sin embargo de su venida para verse libres de sus numerosas miserias: por esto le deseaban, no con un deseo sobrenatural, sino con un deseo natural, como la tierra seca desea la lluvia. Tener necesidad, es, en resúmen, desear lo que pueda aliviar la necesidad que se experimenta. Pero, así que las naciones oyeron que los Apóstoles hablaban de él, de su vida, de su doctrina, de su santidad, de su moral y de sus milagros; desde el momento que la predicacion tocó su corazón y las enterneció, empezaron á desear sobrenaturalmente á Jesucristo; y cuanto más le conocieron, más le desearon y le amaron, hasta tal punto, que no sólo daban sus riquezas, sino su vida y su sangre con alegría por Él. La multitud innumerable de los mártires lo atestiguan: por esto le llama el patriarca Jacob esperanza de las naciones: *Expectatio gentium.* (Gen. XLIX. 10).

2.º Se llama Jesucristo el deseado de las gentes porque ha completamente llenado y satisfecho todos los deseos. La Iglesia, con sus canticos de alegría, expresa el deseo que tiene de Jesucristo: Ó Jesús, nuestra redencion, amor y deseo nuestro: *Jesu, nostra redemptio, amor et desiderium.* (Him. in Ascens.).

Las naciones que antes de la venida de Jesucristo seguían la ley natural y creían en Dios, los prosélitos y los que se convertían al judaismo, así como los judíos deseaban y aguardaban al Cristo á quien miraban como Salvador del mundo, como un rayo celestial, como el esplendor de la luz eterna, como el sol de justicia que debía iluminar el universo sepultado en las tinieblas de la ignorancia y de la infidelidad, que debía arrancar de la muerte á los hombres, que debía curarlos, justificarlos y beatificarlos; así an-

helaban á Jesucristo Adán, Enoch, Noé, Sem, Abraham, Isaac, Jacob, José, Job, etc.....

Jesucristo en el Cielo es el deseado de todos los elegidos, de todos los Angeles; todos desean tener el goce de su Divinidad y de su humanidad; él llena y satisface sus deseos; los embriaga.

Jesucristo es el único deseo de las almas justas; no desean más que agradarle, amarle cada día más y más, servirle y poder poseerle.....

Oid aquel bello himno de S. Bernardo:

Desidero te millies;  
Mi Jesu, quando venies?  
Me letum quando facies?  
Me de te quando saties?

Jesu, rex admirabilis,  
Et triumphator nobilis,  
Dulcedo ineffabilis,  
Totus desiderabilis.

Quando cor nostrum visitas,  
Tunc lucet ei veritas,  
Mundi vilescit vanitas,  
Et intus fervet caritas.

Jesu, summa benignitas,  
Mira cordis jucunditas,  
Incomprehensa bonitas,  
Tua me stringat caritas.

¡O Jesu mi dulcissime,  
Spes suspirantis animæ!  
Te querunt pie lacrimæ,  
Te clamor mentis intimæ.

Jam, quod quasivi, video;  
Quod concupivi, teneo;  
Amore, Jesu, langueo,  
Et corde tuo ardeo.

¡O beatum incendium,  
Et ardens desiderium!  
¡O dulce refrigerium,  
Amare Dei Filium!

Mil veces os deseo, ó Jesús mio; ¿cuándo vendreis? ¿cuándo me daréis la alegría? ¿cuándo me satisfaceréis con vuestro mismo cuerpo?

O Jesús, Rey [admirable, noble, triunfador, dulzura inefable, enteramente digno de ser deseado.

Quando visitais nuestro corazón, entónces ve la verdad, desprecia la vanidad del mundo, y la caridad le devora.

O Jesús, benignidad suprema, admirable alegría del corazón, incomprendible bondad, abráseme fuertemente vuestro amor.

¡O Jesús, que me embriagáis de delicias, esperanza del alma que suspira por vos! las lágrimas de vuestro afectísimo siervo os llaman, y tambien un grito salido del fondo de mi alma.

Veo al que he buscado, y poseo al que he deseado; ó Jesús, desfallezco de amor; mi corazón es un incendio.

¡O dichoso incendio, que ardiente deseo! ¡ó qué dulce refrigerio es el amor del Hijo de Dios!

¿Teneis hambre? Desead á Jesús; él es el pan de los ángeles, el maná que contiene en sí lo necesario para contentar todos los gustos. ¿Teneis sed? Desead á Jesús; es el manantial de las aguas vivas que apagan la sed; es el vino que embriaga el alma, el vino que hace germinar vírgenes. ¿Estais enfermo? Desead á Jesús; es el médico, el Salvador, la salud misma. ¿Estais en vispera de la muerte? Desead á Jesús; él es la vida y la resurrección. ¿Quereis hermosa y riquezas? El es la misma hermosura y un océano de todos los tesoros. ¿Quereis verdaderos honores, verdaderos placeres? El os hará rey y os colmará de delicias. ¿Quereis un sincero amigo? Jesús es el mejor de los amigos y el único amigo. ¿Quereis sabiduría? El es la increada sabiduría del Padre. ¿Quereis santidad y vida? El es la santidad y la vida por esencia. ¿Sois pecador? Invocad á Jesús; él murió para rescataros. ¿Deseais vencer á vuestros enemigos? El triunfó del demonio, del mundo, de la carne, de la muerte, del infierno y de la indignación de su Padre; él es el camino, la verdad y la vida; el que le sigue, no anda en las tinieblas.

Desead á Jesús: suspirad por Jesús. En él hallaréis todos los bienes; fuera de él están todos los males. Decid con S. Francisco de Asis Jesús mio, mi amor y mi todo: *Jesus meus, amor meus et omnia.* (S. Bonav., *in ejus vita.*)

Cantad con la Iglesia: Jesús es la gloria de los Angeles; es una dulce armonía para el oído; es miel exquisita para el labio, y néctar celestial para el corazón:

*Jesus decus angelicum,  
In aure dulce canticum,  
In ore mel mirificum,  
In corde nectar celicum.*

O Jesús, abradad mi corazón con el ardiente deseo de amaros..... Tratando de la desigualdad que existe entre los bienaventurados, Sto. Tomás dice que gozarán con más abundancia de la presencia divina los que en este mundo le hayan deseado con más ardiente afán; porque la dulzura del goce está en razon de los deseos. Como la flecha que parte de un arco muy tirante hiende los aires con rapidez y penetra profundamente en el blanco, el alma fiel que se habrá lanzado con una gran impetuosidad de deseos hácia Dios, fin de sus esperanzas, penetrará profundamente en el abismo de la esencia divina. (1. q. 5. art. 7).

Si quisiéramos resumir en algunas palabras lo que debe ser el objeto de nuestros deseos, deberíamos decir: 1.º Hemos de desear á Jesucristo.

2.º Hemos de desear nuestra conversión, el perdón de nuestros pecados y la gracia de no recaer.....

3.º Hemos de desear la virtud, la gracia y la cooperación á la gracia.....



4.º Hemos de desear el cumplimiento de la voluntad de Dios....

5.º Hemos de desear el reino de Jesucristo en todos los corazones....

6.º Hemos de desear el cielo....

Esto es lo que hemos de desear en la tierra...; estos son los únicos deseos que hemos de conservar siempre; los únicos que serán capaces de hacernos felices en esta vida y en la otra; los únicos que puedan satisfacer nuestro corazón; los únicos que sean dignos del hombre hecho á imagen de Dios, y destinado á gozar eternamente de su presencia.... Todos los deseos opuestos á los que hemos manifestado, son deseos de muerte y de maldición. Así, el deseo de los bienes de la tierra, el de los placeres, de los honores del mundo, son deseos de muerte. El deseo que tenga por fin la criatura, el cuerpo ó el tiempo, es un deseo de muerte....

Segun los deseos que se apoderan de nuestro corazón y lo gobiernan, podemos saber ya en esta vida si hemos de salvarnos ó condenarnos.

Excelencia y ventajas de los buenos deseos.

La gran perversidad del corazón, dice Alvarez, tiene su origen el deseo del mal; el espíritu excitado y vencido por este deseo se entrega al pecado; de un pecado cae á otro, hasta que llega al hábito; del hábito cae en el endurecimiento del corazón y á la extrema miseria; de la misma manera la perfección suprema del corazón empieza por el deseo del bien; aumentando este deseo las fuerzas del alma, solicitándolo é instándolo, le hace producir buenas obras; por la reiteración de las buenas obras, le hace adquirir el hábito de la virtud; y por medio de este buen hábito lo lleva á amar á Dios por ser quien es; y así, obedeciendo á sus buenos deseos, el alma llega á la perfección. Este deseo es la puerta por la cual entran en el santuario de la santidad! Este es el viento que aleja el buque del corazón del escollo de las cosas terrenales; lo empuja y lo hace llegar pronto y felizmente al puerto de salvación. (In *Isaiam*).

He venido, dijo el ángel á Daniel, para daros á conocer la verdad, porque sois un varón de ardientes deseos: *Ego veni ut indicarem tibi, quia vir desideriorum es.* (IX. 23). No temáis, oh varón de deseos, continuó el ángel: la paz está con vos; alentaos y fortificaos: *Noli timere, vir desideriorum: pax tibi; confortare, et esto robustus.* (X. 49).

Desé la inteligencia, dice la Sabiduría, y me fué concedida; é invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió: *Optavi, et datus est mihi sensus, et venit in me spiritus sapientia.* (VII. 7). Tuvieron sed, añade la Sabiduría, y os invocaron, Señor; y un arroyo brotó para ellos de lo alto de una roca, y su sed quedó apagada con las aguas que salieron de la piedra: *Sitierunt, et invocaverunt te; et data est illis aqua de petra altissima, et sitis de lapide duro.* (XI. 4).

El que esté lleno de buenos deseos, hallará el verdadero reposo, añade la Sabiduría.

El Señor, dice el Salmista, ha saciado al alma vacía de los deseos del mundo, ha saciado de bienes al alma sedienta de gracias: *Satiavit animam inanem; et animam esurientem satiavit bonis.* (CVI. 9).

Tratando de ver á Jesús para conocerle, Zacheo se adelantó corriendo, y subióse á un árbol en un sitio por el que debía pasar el Salvador. Llegado que hubo Jesús á aquel sitio, levantando los ojos, le vió y díjole: Zacheo, baja luego, porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa; y Zacheo bajó presurosamente, y le recibió gozoso.... Puesto en su presencia, Zacheo dijo: Señor, doy la mitad de mis bienes á los pobres; y si he defraudado algo á alguno, le voy á restituir cuatro veces más. Jesús le respondió: Hoy ha sido día de salvación para esta casa. (*Luc. XIX. 3-6-8-9*). El buen deseo de Zacheo le procuró: 1.º la dicha de ver á Jesús; 2.º la de hacer grandes limosnas; 3.º la de recibir á Jesús en su casa; 4.º, y finalmente, la de oír de los mismos labios de Jesucristo aquellas palabras que debían causarle una indecible alegría: Hoy la salvación ha entrado en esta casa: *Hodie salus domui huic facta est.*

llene mi Dios, segun las riquezas de su bondad, todos vuestros deseos con la gloria que os *dé en Jesucristo*, dice el gran Apóstol á los Filipenses: *Deus meus impleat omne desiderium vestrum, secundum divitias suas, in gloria in Christo Jesu.* (IV. 19).

Venga el que tiene sed, dice el Señor en el Apocalipsis; y el que quiera, tome gratuitamente el agua de vida: *Qui sitit, veniat; et qui vult, accipiat aquam vite gratis.* (XXII. 17).

Derramaré las aguas sobre la tierra sedienta, dijo el Señor por boca de Isaías: *Effundam aquam super sitientem.* (XLIV. 3). Vosotros que teneis sed, venid todos á las aguas, apresuraos, comprad y comed; venid, comprad sin dinero y sin ninguna otra permuta vino y leche: *Omnes sitientes, venite ad aquas; properate, emite absque argento et absque ulla commutatione vinum et lac.* (Isai. LV. 1).

Desearo la vida eterna, se consigue, mientras que fortifiquemos y conservemos este deseo. Si decis con enérgica voluntad: Dios mio, os deseo, os quiero; Dios será vuestro, porque la bondad de Dios no le permite nunca negarse á un corazón que lo desee; y ninguna fuerza puede arrebatárle al que le posea. Dios no es un amigo variable que se canse con el tiempo. Pues ¿qué con su mano bienhechora ¿habría de arrancar este Dios tan bueno á sus propios hijos de su seno paternal en que quieren vivir? Nada está más lejos de su pensamiento; y de todas las verdades, la más cierta, la mejor fundada, la más inmutable, es que Dios no puede faltar al que le desee, y que nadie puede perder á Dios más que el que primero se aleja de él voluntaria y espontáneamente. ¿No hizo bien S. Pablo excitándonos á desear las cosas celestiales, puesto que deseándonoslas con ardor las adquirimos? Saboreaos, dijo, en las cosas del Cielo, y no

en las de la tierra: *Quæ sursum sunt, sapite; non quæ super terram.* (Coloss. III. 2).

El deseo de los justos se dirige al bien, dicen los Proverbios: *Desiderium justorum omne bonum est.* (XI 23). El verdadero medio de crecer en virtudes, es desearlas; porque por el deseo creamos internamente las virtudes, las fortificamos, las multiplicamos y las practicamos exteriormente, sin detenernos ni por el respeto humano, ni por el temor, ni por el sufrimiento, ni por las amenazas, ni por las persecuciones, ni por la misma muerte. Y mirad los tesoros encerrados en un buen deseo: el pobre que desea ardentemente dar limosna y no puede, tiene por este sólo hecho el mérito de la limosna; merece tantos y muchas veces más que el rico que tiene costumbre de socorrer á los pobres. El enfermo, el desvalido que desee ayunar ó llevar cilicio, tiene el mérito del ayuno y del cilicio. El religioso ligado por obediencia á una funcion vil, oscura, de poco valor en apariencia, que arda en deseos de hacer lo que los demás hacen, que desee predicar, instruir, oír confesiones, visitar á los desvalidos, á los pestilentes, ir á convertir á los infieles con riesgo de su vida, etc., y ofrece á Dios todos esos piadosos y ardientes deseos, tiene tantos méritos como si le fuese dado hacer en realidad todas estas santas y sublimes obras buenas. Dios agradece estos deseos como si fueran acciones. S. Pablo asegura que así sucede en su segunda carta á los Corintios. Cuando un hombre, dice, tiene gran voluntad de dar, Dios la acepta, no exigiendo de él más que lo que puede, y no lo que no puede: *Si enim voluntas prompta est, secundum id quod habet, accepta est, non secundum id quod non habet.* (VIII. 12). Con estas palabras, el Apóstol indica que Dios atiende más bien á la voluntad contenida en el deseo, que al mismo dón. Y la razon está en que la perfeccion de una virtud está en la voluntad firme, en el buen deseo, antes que en el nombre y grandezas de las obras. Por esto dice S. Agustin: Dios corona la buena voluntad, cuando ve que falta poder para obrar: *Bonam Deus voluntatem coronat, quando non invenit facultatem.* (De Coelest. vita).

San Bernardo dice tambien: Dios paga sin duda ninguna lo que no ha podido hacer la buena voluntad: *Deus indubitanter tribuit bonæ voluntati, quod defuit facultati.* (Epist.). Santo Tomás nos da de ello una razon evidente: el valor formal de la accion exterior, dice aquel gran Doctor, depende enteramente de la bondad del acto interior, porque la accion vive de la voluntad: *Quia tota formalis bonitas operis exterioris pendet á bonitate actus interioris, quia á voluntate elicitur.* (2. 8. q. art. 5).

Estemos pues llenos de buena voluntad, de buenos deseos; y nos enriqueceremos para el Cielo....

Podéis merecer tanto como queráis, dice S. Bernardo; el mérito crece en proporcion de la buena voluntad: *Tantum merebitis, quantum vis; et bona crescente voluntate, crescit pariter et*

*meritum.* (Serm. LXXXV). No es andando, añade aquel santo Doctor, cómo se busca y se encuentra á Dios, sino con ayuda de los deseos: *Non pedum passibus, sed desideriis quaritur Deus.* (Serm. LXXXIV).

¿Gusta el goce al deseo? pregunta aquel Padre. No; el goce es el aceite; el deseo es la llama: el hombre de deseo se verá colmado de alegría; pero su deseo no tendrá fin; y por consiguiente se verá sin cesar llevado á buscar nuevas alegrías: *Numquid consummatio gaudii, desiderii consummatio est? Oleum magis est illi; nam ipsum flamma. Adimplebitur lætitia; sed desiderii non erit finis; ac per hoc nec querendi.* (Serm. LXXXIV). De ahí provendrán, continúa S. Bernardo, una saciedad sin disgusto, una curiosidad insaciable, aunque sin arrebatos, un eterno inexplicable deseo que no viene de la indigencia, una embriaguez sobria, nacida, no de una copa, sino del descubrimiento de la verdad, y teniéndose, no de vino, sino de Dios (1).

¿Cuántas riquezas y cuántos tesoros están encerrados en los deseos santos! ¿y qué fácil es adquirir con ellos méritos, y la salvacion y la corona que no se marchitará nunca....

**¿**No es el deseo de hacernos felices el que indujo á Dios á crear-nos á imagen suya? ¿No es un deseo inexplicable de salvarnos el que le indujo á encarnarse, á nacer en un establo, á sufrir y morir por nosotros en una cruz? Tengo sed, exclamaba de lo alto de la cruz. Sitio. Tenía sed de rescatar nuestras almas y salvarnos. ¿No es el deseo de hacernos bien el que le hace decir: Heme aquí llamando á la puerta de vuestro corazon; si alguno escuchare mi voz, y me abriere la puerta, entraré á él, y el cenará conmigo y yo con él? *Eccc sto ad ostium, et pulso: si quis aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (Apoc. III. 20). ¿No es un ardiente deseo el que le ha inspirado aquellas palabras: Mis delicias consisten en estar con los hijos de los hombres? *Delicia mea esse cum filiis hominum.* (Prov. VIII. 31). ¿No es un deseo infinito de colmarnos de favores el que le ha llevado á instituir el augusto Sacramento de nuestros altares, á darse á nosotros? He deseado, dijo á sus Apóstoles en la víspera de su muerte, he deseado ardentemente comer este cordero pascual con vosotros, antes de mi pasion: *Desiderio desiderari hoc pascha manducare vobiscum, ante quam patiar.* (Luc. XXII. 15).

Este Dios de amor se anticipa á aquellos que le desean, y se manifiesta á ellos, dice la Sabiduria: *Præoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat.* (VI. 14).

(1) Hinc illi sollicitas sine fastidio. Hinc insatiabilis illa sine inquietudine curiositas. Hinc æternum illud obque inexplicabile desiderium necesse est egstat. Hinc denique sobria illa ebrietas, vero, non mero, ingurgitans; non madens vino, sed ardens Deo. Serm. LXXXIV.

Dios está lleno de buenos deseos, á nuestro favor.

El hombre que se despierte en su busca desde la madrugada, el que es la sabiduría del Padre, no tendrá ningún trabajo que hacer, pues lo hallará sentado á su puerta: *Qui de luce vigilaverit ad illam, non laboravit; assidentem enim illam foribus suis inveniet.* (Sap. VI. 15).

O Jesús, exclama la Iglesia en el himno de la Ascension: ¿cuál es pues el deseo de clemencia que os ha vencido, que os ha llevado á cargaros con nuestros crímenes, y á sufrir una muerte cruel para sustraernos nosotros á la muerte eterna?

*[Quæ te vicit clementia,  
Ut ferres nostra crimina;  
Crudelem mortem patiens,  
Ut nos à morte tolleres?]* (Hymn. in Ascens.).

San Gregorio Nazianceno invita á que todos los hombres deseen á Dios, haciendo sobresalir su infinita bondad, que tanto se place en ejercer. Después de haber cuidadosamente desarrollado esta consideración, concluye diciendo: Dios desea ser deseado; tiene sed: ¿podrías creerlo? Tiene sed de nosotros en medio de su abundancia. (*Orat. in S. Baptisma.*)

Por más infinito y rico que sea Dios por sí mismo, podemos sin embargo obligarle. Y ¿cómo esto? Deseando que nos haga bien; porque da con un deseo más ardiente de obligar, de lo que deseamos serlo?

¿No reconoceremos que este Dios de bondad es semejante á un manantial que con la continua fecundidad de sus aguas claras y frescas parece ofrecerse á los sedientos pasajeros? Siempre rica, siempre abundante, la naturaleza divina no puede crecer ni disminuir, á causa de su plenitud; lo único que le falta, si así puede decirse, es que vayan á sacar de su seno las aguas de la vida eterna. He aquí por qué S. Gregorio tiene razón al decir que Dios tiene sed de que nosotros tengamos sed de él; *Sitit sitiri*; y al añadir que considera como un beneficio que nosotros le demos con nuestros deseos medios de hacer bien. Es hacer una injuria á esta bondad infinita el no desear ardientemente que nos enriquezca.

Afectos de los Santos para Dios tímidos.

Así como brama el ciervo sediento por los manantiales de agua, así mi alma clama por vos, ó Dios mío, dice el Profeta: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.* (XLI. 2). Mi alma está sedienta del Dios fuerte y vivo: *Sitivit anima mea ad Deum, fontem vivum.* (Psal XLI. 3).

Hijas de Jerusalem, dice el Esposo de los Cantares, conjúroos que si halláreis á mi amado, le noticieis como desfallezo de amor: *Adjuro vos, filia Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nunciatis ei quia amore langueo.* (V. 8). O querido mío, ¿por qué no puedo hallarte y abrazarte? exclama aquella Esposa desolada

por haber perdido á su Dios, objeto de sus ardientes deseos. ¿A dónde ha ido tu muy amado? (V. 17). Alzó la aldaba de mi puerta para que entrase mi amado; pero se había ya retirado y pasado adelante: mi alma había quedado desmayada al eco de su voz: le busqué; mas no le hallé: le llamé á voces, y no me respondió. (V. 6). ¿No habeis visto al amado de mi alma? ¿Num, quem diligit anima mea, vidistis? (III. 3). Yo dormía, y mi corazón estaba velando. (V. 2).

Llena del anhelo de ver á Jesucristo, Magdalena corre muy temprano al sepulcro; y no hallando al objeto de su amor, pues Jesucristo había ya resucitado, derrama un torrente de lágrimas. Se lo aparece el Salvador sin darse á conocer, y le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? *Mulier, quid ploras? quem quæris?* (Joann. XX. 13). Suponiendo ella que sería el hortelano, le dijo: Señor, si vos sois el que le habeis quitado de aquí, decidme en dónde lo habeis puesto, y yo me lo llevaré. (XX. 15). Jesús no pronunció más que esta palabra: *María!* (XX. 16). Al punto ella le reconoció, se prosternó, y le adoró.

San Pablo deseaba morir para estar con Jesucristo: *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo.* (Philipp. 1-2-3).

Toda la vida de un buen cristiano es un santo deseo de ir de virtud en virtud, de perfección en perfección, de vivir y de morir por Jesucristo.... Esta es la única verdadera vida; no hay otra.

Tres cosas hay que excitan los deseos del hombre: la hermosura, los beneficios y el amor. Sólo una de ellas hasta muchas veces para inflamar su corazón; pero Dios posee las tres en grado supremo: ¿cómo pues podemos negarnos á desearle y amarle?

Deseáis tener riquezas, placeres, honores; y ¿los hay acaso comparables con los que Dios posee, con los que os reserva, si los deseáis?

No debemos cesar de buzar á Dios, porque no se debe dejar de amarle, dice S. Agustín: *Deus est sine fine quærendus, quia sine fine amandus.* (Civit.).

El deseo de conocer, de amar y servir á Dios es cosa tan ardiente como el fuego: el deseo no puede contenerse interiormente, sino que se lanza fuera por medio de suspiros, palabras y obras....

Cuatro cualidades tiene el ciervo: 1.º Es enemigo declarado de las culebras, y les hace una continua guerra. ¿Queremos también que Dios nos llene de santos deseos? Hagamos al demonio, antigua y venenosa serpiente, una guerra encarnizada.... 2.º Cuando se ve el ciervo perseguido por los cazadores, huye con rapidez y no para hasta alcanzar la cumbre de las más altas montañas. Perseguidos también nosotros por el demonio, el mundo y la concupiscencia, subamos pronto á las montañas eternas, ó imploremos el socorro del Cielo; entónces quedarán nuestras almas llenas de pia-

Los motivos que nos excitan á tener buenos deseos.

Lo que deba buscarse para tener buenos deseos.

dos deseos. 3.º Los ciervos observan por instinto aquel precepto de S. Pablo á los Gálatas: *Alter alterius onera portate*; ayúdaos unos á otros á llevar vuestras cargas. (VI. 2); porque, cuando los ciervos manan en manada, reclinan su cabeza cargada con el peso de sus cuernos en la grupa de los que les preceden. Así, pues, si queremos tener deseos santos, seamos caritativos y condescendientes con el prójimo. 4.º Cuando los ciervos están devorados de ardiente sed, ningún obstáculo puede impedirles buscar agua. Venzamos de la misma manera todos los obstáculos que se oponen á la realización de nuestros buenos deseos.

## DESESPERACION.

Los motivos que alegamos para dejarnos llevar de la desesperacion, son los siguientes: 1.º Que son demasiado grandes nuestros pecados para poder esperar misericordia. Así fué la desesperacion de Cain. Mi maldad, dijo el primero de los desesperados, es tan grande, que no puedo esperar perdon: *Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.* (Gen. IV. 13).

Causas de la desesperacion.

2.º Enumeramos las faltas de que nos hemos hecho culpables... 3.º Ponemos por delante la fuerza de costumbre, que nos impide esperar cuando podemos corregirlos.....

Hay tambien otras causas de desesperacion, y son: 4.º los escrúpulos; 5.º la falta de confianza en Dios; 6.º la astucia del demonio para hacer que el hombre peque, ocultándole la fealdad del pecado, y tratando de presentárselo lleno de dulzuras y encantos. Y luego, cuando ha triunfado, á fin de tenerlo en el camino del mal, le presenta mil obstáculos que le impiden levantarse de aquella caída; 7.º las grandes tentaciones; 8.º el aburrimento; y 9.º la adversidad..... Pero todos esos motivos de desesperacion están mal fundados y son engañosos; porque no hay ningún crimen que no pueda perdonarse mediante un sincero arrepentimiento y una verdadera penitencia. Dios lo asegura por medio de su Profeta: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* Señor, seguro es que no despreciaréis, á un corazon contrito y humillado. (Psal. L. 19).

Jesucristo murió para todos; y por consiguiente se salvarán cuantos acudan á aquella sangre de infinito valor.... Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Entre el último suspiro de un moribundo y el infierno, puede mediar un océano de misericordia.....

El que desespera de la misericordia de Dios, comete un enorme crimen; hiera á Dios en la niña del ojo, y se condena á si mismo á la muerte eterna. Judas pecó en cierto modo más gravemente dejándose llevar de la desesperacion, que haciendo traicion á Jesucristo; su desesperacion fué la que le llevó á ahorcarse y le precipitó en el infierno.

La desesperacion es un crimen.

El que se ahorra, no puede ya respirar, dice S. Agustín; ni tampoco el que se entrega en brazos de la desesperacion puede recibir el soplo vivificador del Espíritu Santo. (Homil. XXVII).

El pecado seguido de la desesperacion no tiene ya remedio, dice el mismo Padre: *Peccata cum desperatione mors est.* (Homil. XXI).

La desesperacion hace que la misericordia de Dios se retire. Jamás podrá aliarse el perdon con la desesperacion..... Desesperan

algunos porque han cometido grandes y numerosos pecados y no reflexionan que el más grande de los crímenes es su desesperación. No debe salirse de un crimen con otro crimen mayor todavía.

La desesperación es una falta deplorable.

Furiosos los egipcios que perseguían al pueblo de Dios para exterminarlo ó para retenerlo cautivo, hundiéronse como plomo en aguas impetuosas: *Submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.* (Exod. XV: 40). Tal es la triste suerte que aguarda á los que desesperan.....

Alejad de vosotros la desesperación, y no allijais al Espíritu Santo que en vuestro corazón habita: si os desespirais, se retirará, porque el espíritu de Dios no sufre la desesperación. La desesperación es el más dañoso de los vientos que agostan el alma: una oración hecha en medio de la desesperación, no sube al trono de Dios.

El fuego consume el leño; la desesperación consume el alma, es como un humo que levantándose de las profundidades del infierno destruye toda alegría, toda felicidad.....

La fiebre mina las fuerzas del cuerpo; la desesperación arrebató al alma todo su vigor..... Una madre experimenta atroces dolores en el parto; pero, como dice el Evangelio, se alegra luego con el presente que Dios le ha hecho. La desesperación causa también crueles dolores á aquellos de cuyo corazón brota; pero lleva consigo dolores más crueles todavía.

La desesperación causa en el alma una profunda herida, la agita y la turba, sumergiéndola en las tinieblas. Es un gusano roedor; es un verdugo que hace constantemente sufrir horribles dolores y mata.....

La desesperación sume al alma en olas de tristeza; nos hace evitar los buenos consejos, y nos ciega.....

Si en tiempo de la adversidad desmayares, perdiendo la esperanza, descacerá tu fuerza, dicen los Proverbios: *Si desperaveris lassus in die angustie, imminuetur fortitudo tua.* (XXIV: 40).

Nada es más execrable que la desesperación; dice el venerable Beda; el que cae en ella, pierde el fruto de todos sus trabajos; y lo que es mucho más terrible, pierde el valor de defenderse y de combatir en defensa de la fe. (*Sentent.*)

Cometer un pecado es matar al alma, dice S. Agustín; pero desespirar es bajar al infierno. (*Lib. II de Summo bono, c. XIV.*)

Santo Tomás enseña que la desesperación es el mayor de todos los pecados, no considerado en sí mismo, porque la apostasía y el odio á Dios son mayores todavía, sino porque la desesperación es causa de todos los pecados; á todos los crímenes nos abandonamos con la desesperación. La esperanza anima, porque es el manantial de la paciencia y el principio de la victoria; dilata y fortifica el alma, manifestándole el premio y el triunfo de la virtud. Pero la desesperación atonta, empuñe el corazón, le quita su vigor, y aumenta las tentaciones y los combates. (2. 2. q. 20. art. 3).

La ocupación de los demonios, dice el abad Isidoro, consiste en hacer caer el alma en el pecado, y sobre todo en tenerla sumergida en la desesperación, á fin de perderla con seguridad y para siempre. Los demonios hacen decir al alma desesperada: Quisiera morir y quedar aniquilada, ¿Por qué sali de la nada? Quisiera no existir. Pero el que espera, dice: No moriré; antes bien viviré, y publicaré las maravillas del Señor: *Non moriar; sed vitam, et narrabo opera Domini.* (Psal. CXVII: 17.). El mismo abad Isidoro respondía al demonio que le llevaba la desesperación, asegurándole que después de todos los trabajos y todas las penitencias había de sufrir las penas eternas: Aun cuando yo fuese al infierno, ocuparías tú, ó Satanás, un lugar inferior al mío. Con este medio triunfaba de la tentación. (*Apud Sophron. in Prato Spirit., c. CX.*)

En el lecho de la muerte, Dios abandona al pecador que desespera; se retira, todo se pierde..... La desesperación lleva á la impenitencia final, y la impenitencia final al infierno, lugar de desesperación eterna. En el lecho de la muerte, el desesperado verá su crimen, y la justicia de Dios, y su condenación, y los demonios, y el infierno. Verálo el pecador, y se irritará, rechinará los dientes y se consumirá; pero los deseos y esfuerzos de los pecadores se desvanecerán como el humo: *Pecator videbit, et irascetur; dentibus suis fremet et tabescet; desiderium peccatorum peribit.* (Psal. CXI: 10).

El Omnipotente destruirá para siempre al que se abandona á la desesperación; lo arrebatará, lo arrancará de la mansión en que habita, y lo desarraigará de la tierra de los vivos, dice el Salmista. (*LI: 7.*) Verálo los justos, y temblarán, y reiránse de él, diciendo: Hé ahí el hombre que no contó con el favor de Dios: *Videbunt iusti, et timebunt, et super eum ridebunt, et dicent: Ecce homo, qui non posuit Deum adiutorem suum.* (Psal. LI: 8-9).

No desmayéis dejando abatir vuestro ánimo, dice S. Pablo: *Ne fatigemini, animis vestris deficientes.* (Hebr. XII: 3).

¿Por qué estás triste, ó alma mía, exclama el Real Profeta; y por qué me tienes en esta agitación? Espera en Dios, porque aun cantaré sus alabanzas; la salvación viene de su mirada: *Quare tristis est anima mea, et quare conturbas me? Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi, salutare vultus mei.....* (XLI: 6).

Pedro fué muy culpable: tres veces negó públicamente á Jesucristo; pero esperó, y se ha salvado..... Judas vendió á su Dios; desesperó, y fué condenado.....

La esperanza puebla el Cielo; la desesperación puebla el infierno.....

Puestos al lado de una gota de la sangre de Jesucristo todos los crímenes cometidos desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos, abultan ménos que una gota de agua comparada con el Océano; y aunque uno sólo de nosotros estuviere cargado con todas

Es horrible la muerte en la desesperación.

No debemos nunca desespirarnos.

las iniquidades de los pecadores, no debería desespérer, porque la misericordia de Dios es infinita.

Si se os llena de insultos, si se os abruma de pesares, y se os desprecia, ¿habreis de desespérais? No: mirad la gloria celestial reservada á vuestra paciencia. Si perdeis todos vuestros bienes, ¿habreis de desespérais? No: considerad atentamente las riquezas de la eternidad, los tesoros que han de ser el premio y la recompensa de vuestra pobreza, de vuestra esperanza y de vuestra resignación. Si estais enfermos, no os desespérais: con vuestra confianza en Dios tendreis una juventud y una salud eternas. Si la muerte os arrebatara un hijo querido, no os abandonéis á la desesperación: le volveréis á hallar en el Cielo revestido de gloria. Si os arrojan de vuestra patria, no os desespérais: vuestra verdadera patria es el Cielo; suspirad por ella....

Remedios contra la desesperación.

Los medios que hemos de emplear para prevenir y combatir la desesperación, son:

- 1.º Poner nuestra confianza en Dios...;
- 2.º frecuentar los Sacramentos...;
- 3.º hacernos una ley de la resignación...;
- 4.º orar...;
- 5.º tener una sincera devoción á la Santísima Virgen.

## DESOBEDIENCIA.

¿Aquel á quien desobedeceis con la violación de sus mandatos no fuese más que vuestro Señor y dueño, dice S. Gregorio, y no vuestro Criador, vuestro Redentor y vuestro Dios, la transgresión de que os hariais culpables sería grave; pero juzgad qué grave y vituperable es, siendo aquel á quien os negais á obedecer, vuestro Dios, vuestro Criador, vuestro Redentor y conservador! Desobedeceis las órdenes de vuestro Dios que os sacó de la nada, que os creó á su imágen, que os hizo superiores á todos los seres corpóreos, y os declaró rey, y rey por toda la eternidad! No es Dios vuestro de una manera especial el que os ha colmado de tantos y tan grandes favores? Y sin embargo despreciáis sus preceptos, que no son comunes á todas las criaturas, pero que debéis observarlos porque han sido hechos para vosotros, os son propios y han sido puestos bajo la guardia de vuestro libre albedrío. (*Lib. Moral*).

No obedecer al Señor, dijo Samuel á Saul, es un pecado equivalente al de magia; resistirle es un crimen igual al de idolatría: *Quasi peccatum ariolandi est, repugnare; et quasi scelus idolatriæ nolle acquiescere.* (I. Reg. XV. 23).

La desobediencia es un pecado equivalente al de magia; porque no puede desobedecerse á Dios sino consultando á los demonios y recibiendo sus respuestas al pie de sus altares. Resistir á Dios es idolatría; porque el que resiste á Dios, adora su propia voluntad y la pone en el lugar de la de Dios.

Ved la paridad que existe entre la obediencia y el ejercicio de la magia, entre la desobediencia y la idolatría.

El adivino presagia el porvenir por medio de signos ó índices erróneos y engañosos: el desobediente interpreta la voluntad de Dios, ó más bien la pisotea, apoyándose en la interpretación de su razón, de su juicio, de sus concepciones y falsas ideas, nacidas de la ceguera, terquedad ó impiedad. No es esto sólo: á la voluntad de Dios revelada y conocida, el desobediente prefiere su propia voluntad, como si la hallase más razonable y mayor que la de Dios; se proclama más sábio y prudente que él. Con su conducta, niega la omnisciencia de Dios, su prudencia incomparable, su bondad sin límites, y su poder; niega por consiguiente que Dios sea Dios, y erigiendo en divinidad su juicio y su voluntad, los adora como á ídolos suyos.

Pero el ídolo es un Dios mentiroso que emite oráculos falsos. El desobediente que prefiere su juicio y su voluntad al juicio y á la voluntad de Dios, adorándolos como divinidades dignas de su confianza, y consultándolos como oráculos llenos de prudencia, es cla-

La desobediencia es un crimen.